

Nuc, la ardilla despistada

Nuc era una ardilla muy simpática, pero un poco… despistada. Le encantaba saltar de árbol en árbol y, sobre todo, recoger bellotas para guardarlas para el invierno. ¡El problema era que guardaba tantas, que después no recordaba dónde las había escondido!

Una mañana de otoño, cuando las hojas doradas caían suavemente de los árboles, Nuc decidió comprobar sus escondrijos. Buscó detrás de las raíces de un roble, bajo una piedra grande y dentro del tronco vacío donde jugaba de pequeño… ¡pero no encontró ni una sola bellota!

—¡Oh, no! —exclamó preocupado—. Sin mis bellotas, ¡pasaré mucha hambre este invierno!

Entonces fue a buscar ayuda. Primero encontró a su amiga, el mirlo Mel, que estaba cantando en lo alto de una rama.

—Mel, ¿podrías ayudarme a encontrar mis bellotas? ¡No recuerdo dónde las he puesto!

—¡Claro que sí, Nuc! —respondió el mirlo—. ¡Desde lo alto de los árboles puedo mirar si veo algún lugar sospechoso!

Luego encontraron al topo Tuli, que siempre movía la tierra buscando gusanos.

—Tuli, ¿puedes ayudarnos? Quizás mis bellotas están enterradas cerca de ti.

—¡Ningún problema! —dijo el topo, asomando la cabeza llena de tierra—. Si hay algo escondido bajo el suelo, ¡yo lo encontraré!

Los tres empezaron la búsqueda: Mel miraba desde arriba, Tuli excavaba y Nuc revisaba todos los rincones del bosque. Después de mucho rato, el mirlo gritó:

—¡Allí! ¡Detrás de aquella piedra grande!

Corrieron todos hacia allí y, efectivamente, bajo unas hojas secas había un pequeño montón de bellotas.

—¡Mis bellotas! —exclamó Nuc contento—. ¡Gracias, amigos míos!

Pero Tuli se rió y dijo:

—Eso es sólo una pequeña montaña. Si escondiste tantas, ¡seguro que todavía hay más!

Y así, entre risas y juegos, siguieron buscando juntos por todo el bosque. A medida que pasaban los días, Nuc fue encontrando todas sus reservas, gracias a la ayuda de sus amigos.

Cuando llegó el invierno, la ardilla Nuc tenía suficientes bellotas para compartir con Mel, Tuli y todos los habitantes del bosque. Y ese año, mientras el viento soplaba y la nieve caía suavemente, la pequeña ardilla aprendió una lección muy importante:

—¡Es mejor esconder pocas cosas y recordar dónde están, que esconder muchas y olvidarlas todas!

Y desde ese día, cada vez que escondía una bellota, hacía un pequeño mapa en su cabeza… o, a veces, simplemente dejaba una hoja en forma de recordatorio.

Y así, Nuc ya no volvió a pasar hambre… ni tampoco a olvidar dónde había escondido su tesoro.